

Ilustración de cubierta: *Francisco Pacheco*

Diseño y maquetación: *Jorge Ruiz Morales*

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado -electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.-, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.



es un sello editorial de Equipo Sirius

© 2011 Luis Besa

© 2011 EQUIPO SIRIUS

Primera edición: marzo 2011

ISBN: 978-84-92893-83-6

Depósito legal:

Imprime:

Impreso en España / Printed in Spain

Equipo Sirius, S.A.

Antequera, 2. 28041 Madrid

Correo-e: [info@equiposirius.com](mailto:info@equiposirius.com)

[www.equiposirius.com](http://www.equiposirius.com)

# **INSULA AVATARIA**

**Luis Besa**

# I—El Somme

## 1—TÚ Y YO SOMOS UNO (I)

**CORNELIA PUEYO LANZÓ UN «baf».** Según «Tú y yo somos uno, guía para disfrutar del embarazo» en el octavo mes su cuerpo secretaba neuropéptidos en cantidades tales que, allá dentro, el bebé debería sentirse como en el nirvana. Y no.

En su lugar, gancho al hígado y reflujo trepando hasta la epiglotis. Cornelia lanzó un «baf» aún mayor. Esta vez, la recepcionista no pudo sino levantar la vista de las gafas–pantalla para dirigirle una falsa sonrisa de complicidad. «Sé lo que es eso, la doctora la atenderá ahorita».

A su vez, la vecina de Cornelia, con turno para las 13.15 (Cornelia 13.21), sospechando una maniobra envolvente, rompió en un lastimero Aaayyy. Más sonrisas de complicidad desde el mostrador. «Sé lo que es eso...», pero esta vez impregnadas de un subtexto hostil. «Si imaginan que no he visto nacer mellizos en la sala de espera...»

A Cornelia se le cayó el alma a los pies. En estas situaciones, cuando compites por la caridad de la recepcionista, es cuando más precisas al marido. A Berni. A alguien que no pueda ignorarte con un «sé lo que me dices» porque trabaja de ocho a seis soportando los «bafs» de las preñadas.

Pero el muy capullo había vuelto a pasar de ella.

Increíble.

Un audio al celular seguido de un «cariño, adelántate, tengo bulla. Chao–nos–vemos». Fin del audio. Esa fue la única explicación.

A Cornelia casi le saltan los globos oculares de la indignación. ¿¡Será posible!?

Habían hablado de eso hasta quedarse roncós. No estoy, estamos. No tengo, tenemos. Al 100% en esto. «Al 200, mi amor, al 200», juraba él, aborregado.

Cuando finalmente Cornelia subió sola al electrocarro en Colonia Rotondas, bulevar Dylan, ardía de indignación. Berni lo sabía de sobras, no tenía excusa. No esta vez. A partir de la semana 29, visitas los miércoles para primerizas tardías en embarazos de riesgo. ¡Habían hablado de eso hasta la ronquera! Cornelia estaba tan fuera de sí que el electrocarro, un autoguiado blanco del Departamento de Transporte Metropolitano DF, emitió dos veces la señal de «viaje concluido» y pasó al modo «continuación».

—Si desea proseguir el trayecto reporte coordenadas desde su terminal.

Pero Cornelia seguía obnubilada, absorta en un enésimo intento por linkar el canal Berni sin conseguirlo, sin obtener otra cosa que «usuario no disponible».

—Si desea hablar con la operadora, diga operadora –sugirió implacable el electrocarro, incrementando tres puntos el volumen.

—Un momento... ¡Joder! ¿No ves que estoy preñada?

—Para conectar con los servicios sanitarios, diga operadora –se burló la máquina.

Apareció en Chapultepec, en Constituyentes, frente a la coqueta clínica de la doctora. Edificio absurdo de aires mayas con vistas a los jardines. No llovía. Bufó por enésima vez. Inaudito. Tres plantones, Berni le acababa de endosar el tercer plantón en tres semanas.

La primera vez, allá en la semana 30, Cornelia lo justificó. No asesinan cada día al boberas de Engullen Duan Thu, muerto de un disparo en visita institucional a la Fundación BHL del barrio haitiano de Puebla. La investigación seguía al rojo en la 31, de modo que ese día fue ella quien, anticipándose, dijo que por esta vez no me haces falta. Quedas dispensado, Berni. No sin abrigar la esperanza de que Bernardo José Rico, alias Berni, jefe de seguridad del BHL, su marido, diría que de ningún modo, Panchito es lo primero. En lugar de eso, Berni juró por su madre que al siguiente miércoles, ni el mismísimo Morales, mano derecha del amo del banco y su superior en el organigrama, le impediría cumplir con los deberes paternos.

Literalmente él había dicho: Antes me despiden, Cornelia, puedes estar segura.

Y ya ves: No te fíes de los hombres.

Fue pensar eso y vuelta al desmadre en la piscina hormonal del pequeño. Intestinos por aquí y desplazamiento de la vejiga por allá. El golpe arterial le inundó de sangre los talones, las hemorroides y las varices. Hilos de pérdidas empapando el salvaslips... Más reflujo. Sintió ganas de gritar

mientras tensaba la espalda para capear el golpe —¡Es que en pleno siglo XXI aún tenemos que estar así las idiotas de las mujeres!

—Vamos amiga, pasará —le soltó la otra.

Y esta vez Cornelia se sintió tan hundida que ni siquiera tuvo fuerzas para mandar a la mierda a su vecina, a fin de cuentas, tan embarazo, insomne y solitaria como ella.

Hay días que solo piensas en rendirte.

Solo que no puedes.

Tras una eternidad, un chasquido de la cerradura al abrirse. Un revuelo de enfermeras.

—La siguiente, por favor.

Mientras su rival se erguía fatigosamente, Cornelia activó por el implante de retina un vídeo del último escáner.

Un precioso muñeco calvo, comprimido entre paredes musculares, apareció al rescate y el dolor remitió.

Panchito.

Más tarde, más relajada, mientras la desconectaban del escáner y la doctora le reiteraba con voz sedosa la necesidad de dieta y descanso, Cornelia pensó que todo había sido demasiado rápido.

O más que rápido, vertiginoso.

Los recuerdos explotaron en cadena.

El romance con Berni en Madrid, tras el escándalo Sevillano&Hijos y la fulminante ascensión al staff de BHL. Elegida para la gloria. Copulaban como adolescentes para celebrarlo. La partida a DF. La elección de un amplio apartamento en lo mejor de lo mejor, Rotondas. El nuevo barrio de la oligarquía construido sobre las ruinas de un viejo complejo de transportes.

Seguían follando como niños.

El redescubrimiento de la ciudad, la capital económica del mundo. Ciudad de México. Fiestas en el Guggenheim, en la Casa Europa. Gala Ricawasi (Empresarios del Año)... Senadores y caras hospitalarias allá donde fue acompañada por su hombre, rejuvenecido éste por la pasión en la edad madura. Presentaciones y saraos en las que ella ensayaba a reprimir la aspereza castellana impostando (malamente) la melosidad indígena.

Entre la decoración del despacho y reuniones rompe-hielos con sus nuevos compadres, cayó que ya llevaba 30 días en México. Haciéndolo a diario. ¿He dicho 30? Y el calendario interno que desde los 13 años cargaba en el entresijo le confirmó que sí, 30. Más otros veinte desde la última vez, cincuenta. Más un fulminante test de embarazo...

¿Puede ser que esas náuseas, *ese* ardor estomacal crónico, no sea *siempre* cosa del picante de la cocina local?

Pues no. No *siempre*, le espetó el programa de análisis ADN. No el de los próximos nueve meses.

Fue como salir de un coma a martillazos.

Aquella misma tarde se lo dijo a Berni. Directa al grano. No con la idea de obligarle a nada. Al contrario; se sabía solvente para cuidar del crío a solas. Se lo dijo →«Berni estoy preñada»—como para comprometerse ante el mundo y ratificarse. Más que preparada para largar un «y tú haz lo que quieras» a la menor sombra de duda.

La decisión era firme: sin abortos esta vez. Y el hombrón, metro noventa de altura y manos de mesita de noche, ni siquiera denotó sorpresa, a lo mucho precipitación, patente en la manera como a poco se rompe el bolsillo interior de la gastada —pero cara—americana Hermes en el intento de extraer una cajita con el logo de Fabián. Caoba de la buena que hizo clic al abrirse, multiplicando los lumens del cuarto de estar con el el joyón de compromiso.

—Pues... Pues... ¡Me alegro, carajo! La verdad es que no sabía qué hacer con este... Hará seis días que lo compré —dijo Berni.

Y ella concluyó que no había en el mundo ser más adorable que su Berni. Así que se casaron a lo grande en el juzgado número cuatro.

Hubo algo desconcertante en esa boda. Nadie, pero lo que se dice nadie, en el bando de la novia. Tan es así que Thelma, la secretaria de Berni, movió los hilos para que los amigos de él cubrieran los huecos.

Entonces Cornelia no le dio importancia. Desde la muerte de su madre, hacía ya varios años, andaba sola por el mundo.

En realidad, el tema, la soledad, cobró relevancia por la cuarta semana con la aparición en la sábana de una mancha marrón—rojiza. Rico, padre al cabo de dos criaturas por su anterior matrimonio, la llevó en volandas donde la doctora. Tranquila, cosa de nada, aunque estas cosas hay que controlarlas, dijo él.

En efecto, «es cosa de nada», confirmó la doctora. Pero «cosa de nada», referido a una vivípara rascando los 45, se traduce en «reposo absoluto». Encamarse 32 semanas consecutivas.

A partir de ahí las circunstancias se torcieron.

Tenía que haberlo sospechado cuando recién preñada Berni le sugirió no comentar nada en el trabajo. «No hasta que se note». Cornelia no aguantó

y se lo chivó a Thelma, que volvió sobre lo mismo. «No digas nada, espérate a que la tripa hable por ustedes». Y he aquí que a falta de 32 semanas, justo cuando empezaba a aterrizar en el nuevo curro y el jefazo Servén contaba con ella para frenar a un broker ciego (su primera tarea de enjundia), un embrión de 10 gramos de peso y 3 centímetros de longitud la sentó en el dispensario de Recursos Humanos.

—No estoy bien y quiero la baja —disparó, llamándose tonta por sentirse culpable.

—Pues faltaría más... De cuánto, ejem... ¿Qué duraría?...

—32 semanas. Más otras 12 de maternidad.

Era un médico de empresa afable y alopécico.

—¡Jesús de la Gloria...! —exclamó, y repitió— ¡Ay Jesús!... No les va a gustar...

Y no les gustó nada.

Veamos. La empresa, el BHL es un proceso de fusiones bancarias que culminó con la epifanía del gigante financiero de América. Un proceso comandado por el gran Gilberto Salazar, el funámbulo de los consejos, señor de las minorías mayoritarias y ejemplo de manual de cómo la gestión de un paquete accionarial familiar puede incardinarse, apalancarse, expandirse y comprimirse hasta dominar uno de los seis mayores bancos del mundo.

BHL es, también, el bíceps financiero de la República de México. O por mejor decir, del partido del Gran Salto Adelante, Nuevo Renacer, que con su ideal socialcristiano, y aprovechando el cambio climático, puso al país en primera línea tras siglos de convulsión (y aquello sí fue un milagro, Dios lo sabe).

Dirías que en un banco así, dominado por tecnócratas que no es raro ver caminando tras el Papa Montesinos —Pío XIII— en el Vía Crucis romano del Viernes Santo; entre tipos que se dan el pésame cuando en Andorra despenalizan el aborto; entre pulcros banqueros amantes del orden y de la justicia... Dirías que entre tanto santurrón la presencia de una mamacita en ciernes despierta olas de solidaridad y cariño.

Pues no.

Algo cambió. Acero social. Un telón de menosprecio cuando el canal empresa difundió por las terminales el parte de «contingencias».

«Nueva entrada. Baja de la Licenciada C. Pueyo. Jefatura de análisis de proyectos en cancelación temporal por maternidad en AC [Aplicativo del Convenio]».

Ni nos sumamos a la felicidad de la futura madre, ni cariñosas llamadas del director general, y lo que más duele, nadie de tu tropa junior–project, que irrumpe agitando unos patucos con los colores corporativos. Ni siquiera La Riba, Sheila o las otras damas del staff, a priori más sensibilizadas con estas tesituras. Frío total.

Pues resultó que si algo odiaban en el BHL era a los empleados abusones. Los que vienen del extranjero a pegar el palo en forma de firmo el contrato y, a las dos semanas, adiós hasta el año que viene.

No se incentivan los escaqueos entre el Equipo. Ni mucho menos.

Aunque en realidad no es eso. No es el gorroneo, la insolidaridad laboral...

Hay un trasfondo peor.

Por encima del desprecio al absentista, en el núcleo del BHL sobrevuela una norma no escrita –absolutamente tabú hablar de eso—según la cual la mujer es perfectamente igual a un hombre. Ante los ojos de Dios, claro. Porque, no muy en el fondo del gran Salazar, el amigo del Papa, el superbanquero, impera la convicción de que el lugar de una mujer con hijos no es el puente de mando del acorazado en plena batalla (¿qué otra cosa es un banco, sino una guerra!). El sitio establecido por el Creador para una madre, al menos hasta que Panchito celebre su primera comunión, es la cocina de casa (¿o es que acaso la Virgen María dirigía la carpintería?). Y en concreto, y dado que estamos hablando de la oligarquía, no cualquier cocina, sino una adosada a un jardín, porche, un aerogenerador en el tejado y una campanita (¡niños, la cena está lista!) a metro y medio por encima de un felpudo, que bien claramente informe: «Bienvenido, Dios Nuestro Señor en Persona bendiga esta familia».

Todo lo cual a unos cincuenta kilómetros de los dos rascacielos apepinados que encierran la sede, la base, el centro del mundo. El Banco Hispano Latin.

No se puede hablar del tema. Así que es mejor pensar que la recién llegada es una traidora, una rémora, un parásito ventajista que no vacila en anteponer sus deseos personales a las necesidades del Equipo. Por tanto, una lacra a la que aislar con barreras de menosprecio.

Acerosocial.

La petición de Cornelia para trabajar a distancia desde Rotondas, ni que fuera en operaciones secundarias, fue rechazada. Su despacho, reasignado a las 24 horas.

De modo que a la quinta semana Cornelia no tenía ya otra ocupación que desayunar. Completar una estúpida tanda de ejercicios Pilates–Kegel

(fortalecimiento abdominal y diafragma). Enviar a su avatar personal a la caza del último vestido Wrad en las plataformas de mercado. Sintonizar vectores vídeo o *braintrainners* a la espera de que el tiempo pasara. Y leer aquella bazofia adictiva. «Tú y yo somos uno. Guía para disfrutar del embarazo».

Un asco.

Cuatro días así y Cornelia comprendió que purgaba un grave error filosófico. Toda su vida se había focalizado en el binomio trabajo/hedonismo (en su acepción más simple, copas y sexo). Lejos de Madrid, sin amigos ni familia, con el marido inmerso en jornadas de diez horas, la sensación de soledad era cada día más parecida a un pulpo en crecimiento. Uno especialmente cabrón dotado de varios centenares de tentáculos. Imposible ignorarlo mires donde mires.

Cuando el pulpo era ya grande como el comedor de la casa, Cornelia se fue de un portazo. A donde fuera. A un Starbuck, a un centro de apoyo de embarazadas, a un recorrido turístico por el Zócalo, a las galerías Menudo, todo para el bebé.

Se sorprendió de lo rápidamente que podía conectar con mujeres en su misma situación de buena esperanza (así se llama).

Experta en psicología proyectiva, en lenguaje corporal y en todos los cuentos de los consultores, Cornelia las detectaba a la legua. Solas. Tripón de cinco meses a las seis, repasando los escaparates de Menudo y con unas ganas bárbaras de compartir un pastel de moka con alguna compañera. Una alma gemela con la que rajar del capullazo Pilates–Kegel. De lo cabronazos que son todos... las empresas, los médicos, las cuñadas, y muy especialmente, los maridos.

A ellas les divertía aquella española deslenguada.

En tres salidas su red social se anotó una lesbiana gringa (con la novia de ingeniera en Caracas), dos historiadoras del Antropológico (Mirta y Francia), y hasta seis vivíparas en embarazo de riesgo. Su calendario empezó a asimilarse a la agenda de un directivo medio.

Hasta que una nueva mancha marrón–rojiza puso a Cornelia en su sitio.

A saber, sobre una manta térmica y Cornelia sondada por todos los orificios.

Tras retirarle los artefactos y endosarle una estrafalaria factura, la doctora le riñó (¡encima!) cosa de veinte minutos seguidos. A su lado, pálido como un muerto, Berni asentía marcialmente, sí doctora, por supuesto doctora.

Desprendimiento parcial de placenta. Por lamparoscopia vaginal implantaron cabezas de consolidación de tejido, archicaros regeneradores epitélicos reforzados con autotransplantes de células madre. Aparentemente, el niño no había sufrido daños.

Nueves días en una cama del Corporativo CIC Healths, con bonitas vistas a las placas de titanio del China Tower Guggenheim DF. Pero sin senadoras, ni atenciones, ni fiestas esta vez. Apenas una visita de la ex de Berni, la O'Grady, básicamente bienintencionada pero humillante, y otra de Thelma con cara de preocupación. «¿De veras que nadie puede echarle una mano?»

Instalada de nuevo en Rotondas, Cornelia lo discutió con Berni. En cierto modo, la primera pelea. Él postulaba la contratación de una «mujer de compañía». Intentó persuadirla de que era lo normal. Lo que no tienes te lo compras. Caro, pero normal. A fin de cuentas, ¿para qué está el dinero, sino?

Según Cornelia, el dinero está más bien para caprichos.

Revestimiento de plafones retroluminosos Infinity en las paredes del salón y pasillos, con cambiantes y suaves juegos lumínicos. Un sofá INX importado de Scala Design, New York, de cuatro metros (un pequeño yate, podría decirse). Mesa de mármol imitación cafetería Deco. Dos cuadros postfiguracionismo madrileño de los tiempos de la movida. Cocina nueva autolimpiable. Y telas, y edredones, alfombras, cortinas y mantas configurando un ambiente como de cálida cabaña hippy.

A la que quiso darse cuenta, los ahorros de Madrid, quince años trabajando en Sevillano&Hijos Auditores Consultores, eran historia. Y Berni se pasaba la mano por el tupé cada vez que el canal casa vibraba solicitando acceso para un nuevo repartidor cargado de paquetes.

—¿Qué fue ahora? —preguntaba malhumorado.

Ella se reía.

Aquella orgía de interiorismo duró hasta la décima semana. En adelante, Cornelia entró en una niebla de tristeza. Quería hacer esto y no podía, eso otro y tampoco. Cada tres días Thelma la visitaba por las tardes (Berni se las apañó para liberar a su secretaria con misiones inventadas). La buena de Thelma, freudiana en secreto, ladeaba la cabeza con preocupación. Conflicto yoico, barruntó. Le caía bien Cornelia, a la que Thelma consideraba una Superwoman con empuje, bragada, capaz de abrirse camino hasta la cúpula del banco pisando y sin dejarse pisar. En muchos aspectos, lo que la propia Thelma hubiera querido ser.

Ver a la «gallega Cornelia» hundiéndose en la depresión confirmaba lo que Thelma tantas veces se había negado a admitir: el mundo es una porquería. De modo que Thelma asumió la «reversión del conflicto yoico» como un reto personal, como una misión encomendada por los dioses para poder seguir opinando que el mundo es —en el fondo, muy en el fondo— grato y con sentido.

Ninguna porquería.

Para empezar, rastrearon por Farmacorp buscando lo último en serodetonantes. Luego, detenida la descompensación, una ocupación, un algo, lo que fuera, capaz de canalizar la vitalidad de Cornelia para las veinte semanas que faltaban.

De esta manera, la vida de Cornelia pasó a ser un rígido cuadrante. Tras la gimnasia Pilates Kegel, la toma de tensión y el desayuno, dos horas de rastreo ante la pared pantalla (nada de implantes, marean). Objetivo: acumular toda información, profesional o personal, lícita o ilícita, de la cúpula del BHL —los 30 ladrones en el argot de los currantes clase Thelma—. Semanalmente Cornelia debía informar de los resultados más relevantes.

Ejemplos.

Uno: Ha ingresado en la sección oncológica de las clínicas lunares una prima octogenaria del consejero Velarde.

Dos: Hydrobank (La Riba—Glaxton) ha perdido las contratas en Malasia, se habla, se rumorea, se apunta a la recuperación del cliente por vía recompra de la Asian Waters Contratas.

Tres: Camila Therapouli, dircom para Europa, pasa el primer corte de los Oscar Caninos, en rigor Camila no, más bien Banshe, su amado pequinés.

A mediodía, el avatar personal de la Pueyo, un alter ego gráfico igualmente preñado, accedía a una isla española donde mujeres con «déficits sociales sanitarios» (paraplégicas, agarofóbicas, morbosas y alguna que otra vivípara en máximo riesgo) se despellejaban unas a otras en una terapia colectiva de la sección psi Ansol Sanitas, de la Disney. El diseñador —obviamente un cursi— había invertido meses en emular una jungla paradisíaca que se alternaba con atardeceres en los mares del sur y auroras boreales acompasadas con música de ascensor. Aves del paraíso en el horizonte y carpas de aletas arborescentes en los estanques. Apareciendo y desapareciendo en pautas de múltiplo primo.

A la una, reconfortada por la ducha social, Cornelia se despedía de las colegas, linkaba el canal cocina y se preparaba un plato macrobiótico al dictado del telechef.

Luego seguía husmeando en las cada vez más interesantes y sin embargo banales existencias de los 30 ladrones. A las 5 cerraba la caseta para invocar, desesperada de hambre, el canal Calabuche Rotondas, y quince minutos más tarde un guapo adolescente se materializaba ante la puerta con un caldero de chocolate suizo y media docena de churros al punto.

Churros, increíble pero cierto, y tan buenos o más como los que puedas desayunar en Vallecas.

Puntual y cansado, Berni llegaba del BHL a las 19.20. Un cariñoso saludo de recién casado. Cornelia escondía las bolsas del Calabuche y se libraba a un parloteo catártico.

Fuera del cuadrante solo quedaba el insomnio.

Despertarse a las dos y media, la hora de las idiotas, dar vueltas por la cama escuchando el murmullo pulmonar de Berni. Más vueltas y revueltas sobre el látex.

Tras varias semanas patéticas, Cornelia aprendió un truco para retomar el sueño. Consistía en abrir el implante (marease o no) y seleccionar el submenú Panchito en la carpeta de vídeos personales. A continuación, el implante proyectaba en la retina un grupo de células sobre fondo verde-acuoso.

Extendiendo una mano sobre la tripa, a Cornelia le gustaba pensar que los movimientos que percibía (o que imaginaba percibir) se correspondían con las imágenes del vector vídeo.

Que todo era *on line*.

Un caballerete agusanado de 10 centímetros, la mitad cráneo, flotando mansamente en la pecera de jugos.

Miércoles. Momento álgido del cuadrante. Tanto el vestido, como la ruta, como las compras a realizar de camino, hasta los pensamientos, el beso que le dará a Berni en la puerta de la clínica o el modelo de paraguas (siempre llueve en DF, cosas del Cambio), son escrupulosamente planificados y sometidos a mil análisis DAFO. Se diría que la semana solo cobra sentido en el momento exacto en que la doctora enchufa el escáner de infrarrojos y Panchito se replica en bytes. Gráficos que durante el insomnio se cotejarían con los de sesiones anteriores, primero, y con los estadillos promediados de lo que debe y no debe tener el bebé (ver anexos «Tú y yo somos uno»), después. Ningún elemento podía fallar.

De modo que Berni era una parte esencial de la liturgia de los miércoles. El no lo sabía, claro, pero para Cornelia su marido era el monaguillo cuya ausencia desluce la ceremonia.

Más por cuanto la cita del miércoles es la única interferencia laboral que se le pide a él. Nada comparado a la caída sin red (profesional, vital, social...) a la que ella se enfrenta, y menos que nada si lo contraponemos a la dilatación de la pelvis, la contracción de las vértebras y el incesante chorro hormonal de toda glándula conocida. Vale, tal vez en el Ying y Yang de los sexos, el «Jódete tú algo para variar» es una exigencia evolutivamente innecesaria, una mezquina y pequeña *vendetta*. Mal de muchos...

Tampoco es tan fácil para Berni, admitámoslo. Se le obliga a tramitar el permiso ante la secretaría de Morales, jefe de Gabinete adjunto a la Presidencia y superior de facto. Allí le retienen veinte innecesarios minutos, una manera como cualquier otra de recordarle que no se olvidan de su mujer (no señor, acero social, tienen bien presente el caso). Pero con todo, el mal trago es ni siquiera un átomo del sinvivir de Cornelia; un mínimo sacrificio a la sacerdotisa de la fertilidad.

De ahí que la ausencia, la deserción en toda la regla, tenga hoy un regusto blasfemo. La sacerdotisa nota la ira telúrica. *In crescendo*.

Concluida la sesión, ya en la calle, con el canal personal de Berni fosilizado en el «no disponible», Cornelia se esfuerza en la planificación del castigo. Debe ser brutal, más brutal a cada minuto que el canal sigue estancado en el «no disponible». Con gritos, lágrimas y fustigamiento verbal despiadado. Oh sí, lo será. Altamente dramático, dice ella relamiéndose, y un viejito que aguarda a su lado el metrobús a Colonia Rotondas le dirige una mirada incómoda. Hasta él, pobre vejestorio, ha notado la convulsión cósmica. Ya en el transporte, el viejo procura sentarse lo más lejos posible de la trastornada. No debería permitirse que las embarazadas pasearan solas, medita, luego suceden cosas...

Constituyentes abajo, con el metrobús silente de pura tensión, Cornelia no aguanta más. Necesita información.

Así que llama.

Thelma al otro lado.

—Hmm... Cornelia. ¿Qué tal fue?

Para Cornelia, un «hmm... ¿qué tal fue?» dispara todas la alertas a la vez. Hay un río de datos latiendo tras un «hmm...»

Molesto, piensa Cornelia. La llamada es inoportuna. ¿Sobresaturación laboral?

—¿Estás ocupada?

—Para nada, para nada —se apresura a contestar la secretaría— Ahora te paso al vector audio. Dime, ¿qué tal fue?

El algún subsector de la retina se activa el vector audio. Aparece un despacho amplio, el de Berni, Thelma ocupa la primera mesa, bastante desordenada, lo cual no cuadra con la escrupulosa secretaria. En el perchero solo cuelga una chaqueta, moda Abba de hace tres temporadas (anotación: hay que regalarle otra a Thelma para el próximo cumpleaños).

—¿No está Berni?

Thelma lanza miradas subrepticias a derecha e izquierda. Mosqueante. La respuesta se demora y cuando llega es sonido sucio o farfuleo incodificable.

—...

—¿Cómo? —insiste Cornelia.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco. Tiempo. Cornelia sabe que cinco segundos son dos horas más de lo que Thelma precisa para inventarse una coartada sólida como una peana. En el vector vídeo, la secretaria permanece quieta, inexpresiva. Finalmente Thelma se rasca la cabeza.

—Este puesss... ¿No te lo dijo aún?... Claro... Sigue en... ¡No hombre!... No te lo dijo

Cornelia traga saliva.

Sea lo que sea es grave.

—¿Decirme qué?

Thelma hunde los ojos en la pantalla. Alarma total. Thelma parece tan compungida que cuando informe que a Rico le acaban de despedir, a la calle, kaput, al paro, Cornelia sentirá una primera sensación de alivio. Seguida de estupefacción.

—¿Cómo despedido?

—Lo botaron. Ajá... A la mañana... hará dos horas...

## 2—TÚ Y YO SOMOS UNO (II)

No habrá, pues, bronca de alto voltaje durante la cena. Ni gritos ni chillidos ni escenas de matrona ultrajada. En su lugar, un marido que repite cual papagayo la versión oficial. Morales me buscaba las cosquillas... El asunto Duan Thu. La pagó conmigo. Cosas de la vida. Ella se levanta y le pasa la mano por el matojo de pelo.

—Pues estamos buenos.

—No —replica él, haciéndose el animoso—, en una quincena estoy reingresado en la Central, ya verás.

Pero a Cornelia algo le dice que no va a ser así. Que en la Central no quieren a Berni ni en pintura. ¿Readmitir a un polizonte que se pasó a la privada? ¿A un listillo que jugó a codearse con la élite y perdió? Tal vez en la Uniformada tengan alguna vacante, ya sabes, siempre muere alguno en los barrios haitianos, bromeará sardónico el comisario... Dentro de unos meses... Nunca sabes...

La tristeza se ha colado en casa de los Rico—Pueyo.

Ora Cornelia, ora Berni, lanzan nuevos temas de conversación. La visita a la doctora es pormenorizada como si de una expedición al Serengeti se tratara. Pero al tercer «Panchito está bien, eso es lo que cuenta» un silencio punteado por las gotas de lluvia pegando contra el cristal se instala inamovible en el apartamento.

En el insomnio de las dos y media, adelantando hoy a la una, los cuadros postfiguracionistas de la escuela de Madrid pierden la capacidad de insuflar belleza al entorno. Solo dos cachos de tela comprados a un precio desorbitado. Un capricho estúpido. De niña estúpida. De pija estúpida.

Y si no, echemos cuentas.

Rebufando por un acceso de ácido, Cornelia se reincorporó, se calzó las zapatillas y abandonó el dormitorio. Entró en el salón y los retrofocos Infinity pintaron un azul fumoso. Cornelia activó la pared pantalla, más cómoda que el implante para proyectar barras de gráficos.

Vivir en el barrio de moda de la capital del mundo. 145 metros cuadrados. Más seguros médicos en consonancia. Sin carro, cierto, pero sin privarnos de nada. Conexiones Premyum barra libre.

La hoja de cálculo informó que no bajaba de 60.000 al mes

Abramos columna a la derecha. El salario neto de Cornelia, expurgado de complementos, dietas, objetivos y postres... queda en unos escuetos 21.900.

Silencio, nuevamente las gotas de lluvia. A la luz de la hoja de cálculo, el salón era una penumbra poblada de sombras azuladas. Cojines. Un sobado butacón que acompañaba a Berni desde hacía tres mudanzas y que, sin embargo, casaba con el sofá-yate INX. Los zapatones de él perdidos bajo la lámpara. Cuatro sillas de metacrilato. Un estante magnético con las obras completas de la señora Rowlings y el señor Tolkien, edición de lujo en tapas de cuero, por estrenar. Las ondulaciones de una alfombra de inspiración persa, que no hay manera de alisar.

En circunstancias normales, el salario de Berni aportaría la cifra restante para llegar al superávit, por poco pero llegaría. Sin embargo, este será el último mes que Berni perciba mensualidad completa. Luego nada (no hay prestación de desempleo fuera de la UE). Bien, en realidad, una indemnización en compensación por la renuncia al fondo de pensiones de los empleados y equivalente al salario mensual de él —algo por encima del de ella— multiplicado por tres. De las pocas «frivolidades» contempladas en el convenio BHL.

¿Ahorros? Cero. ¿Bienes muebles o inmuebles? ¿Fondos de inversiones? ¿Opciones sobre valores negociables? Ni a corto ni a la largo. Cero también, finiquitados en estúpidas pinturas. ¿Situación financiera?

No era necesario ser contable para pronosticarlo. Riesgo máximo de ruina inminente.

¿Cronograma de soporte sobre la liquidez obrante?

A 35 días de las cifras rojas.

Cornelia echó la cabeza para atrás y cerró la hoja cuidadosamente, como temerosa de que Panchito se enterase de que no había ni para sus pañales.

Tiene que haber alguna salida.

La 1.30, las dos. Seguía sin haberla.

Lo peor es que Cornelia no sentía ya un ápice de sueño. Su cabeza era un batido de miedos enfrentados a una pared pantalla en la que se profetizaba la miseria.

Repasó su contrato con BHL, husmeando resquicios en el articulado que le habilitaran para actuar por su cuenta, manteniendo —eso sí— la paga por maternidad. Pero es ridículo; en la historia de la letra pequeña nunca jamás se ha sabido de «resquicios desfavorables» al banco; del mismo modo que existen las leyes de la termodinámica, la letra pequeña existe para putear a la parte contratada, no a la contratante. Cornelia puede trabajar donde le dé la santa gana, pero entonces olvídate de los 21.900.

Miremos por el lado de Berni. Por los canales de empleo.

Abrió el rastrea VIPS. Egocapture.

Lo más descollante era una oferta como adjunto de seguridad de un centro comercial en Chiapas...

Aburrída, Cornelia jugueteó con el programa. Una verdadera maravilla. Una herramienta de filtrado digna de los servicios secretos. Entrás un nombre asociado a un dato y te vuelca un listado de temas cruzado por relevancia y, lo que es mejor, un resumen realmente esencial.

Ejemplos.

Duan Thu, asesinato.

Rel. 1—Pallamede Sesé ingresará mañana cárcel de máxima seguridad (Canal Infonoticias)

Rel. 2—La portavoz de BHL anuncia acusación particular pero desmarca rumores de un crimen político (Canal BHL Interno Confidencial)

Y así hasta unas 300 noticias indexadas, entrecruzadas, fechadas por día y hora, con ponderación de credibilidad, interés público y conectividad.

Egocapture se basa en un algoritmo sobre palabras clave. Pero no estamos hablando del idiotizado sistema emergente—sabiduría—de—la—multitud. No. Cada entrada a Egocapture escoge la versión más detallada, ordenada por solvencia informativa de las fuentes, y propone menús de rastreo basados en categorías depuradas *ad-hoc*. Por tendencias políticas de la fuente, por simpatía respecto al BHL, por patrimonio, por inclinaciones sexuales, aficiones, convergencia de intereses con terceros... Sistema experto. Inteligencia artificial. Incluso te avisa de que el canal escogido «es susceptible de arrojar información criminal», en cuyo caso «Egocapture no se responsabiliza del uso de la aplicación, remitiéndose a la legislación canadiense en cuestión de responsabilidades civiles o penales».

Duan Thu.

La culpa era del belga, chino o lo que fuera, se dijo Cornelia, parapetándose entre los cojines presta a soportar una nueva voltereta de Panchito.

Si Duan Thu estuviera vivo Berni seguiría en lo suyo. Protocolos de escolta. Barridos de contraespionaje. Seguimientos de ejecutivos de la competencia. Rutina.

El crujido de válvulas digestivas cesó. Panchito lo dejó correr. La caída del pico de dolor disparó un destello de clarividencia.

La clave estaba en Duan Thu.

Duan Thu era la salida.

De repente, a Cornelia se le antojó que ese y solo ese era el enfoque.

Según Berni, fue una muerte accidental, fortuita. Cosas que pasan. Pensar así le ha costado el puesto.

Pues para la gran mayoría, la muerte a tiros del consejero de un banco jamás puede ser accidental. Así que hay millones de euros invertidos en rastrear la biografía del asesino, tratando de encontrar hilos que lo vinculen con tramas de extorsión, potenciales estafas, terroristas, etc...

De modo que empecemos por el principio.

Engullen Duan Thu. Director general de Responsabilidad Corporativa de BHL, eterno aspirante (de relleno) al Nobel de La Paz; artífice del Plan de Realojo y Desarrollo para Haití (de resultados hartamente mediocres); escritor de libros de autoayuda, expresidente de Amnistía Internacional...

Engullen Duan Thu está muerto y bien muerto.

El lunes 1 de julio empezó la semana de la peor manera; con una bala del 45 estampada en el cerebro.

El presunto asesino es un alcohólico de las favelas: Pallamede Sesé.

Según Berni, un borrachuzo terminal, casualmente aparcado en el peor sitio y peor momento.

Según los informes A, B y C –rubricados con la firma del coordinador general de Seguridad de BHL, Bernardo José Rico–, ni balística, ni el estudio forense, ni inteligencia, ni los confidentes habituales, ni la «lógica interna del devenir de los hechos, a la que toda instrucción debe siempre supeditarse», permiten imputar el suceso a otra cosa que la «más negra desgracia». Un bolero de adversidades. Pura y dura concatenación de mala suerte.

Y sí. Visto A, B y C, resulta imposible encontrar intencionalidad en un tiro perdido –prácticamente al aire y disparado desde una HK vetusta–, bala rasa que rebota en una viga de hierro y atraviesa un túnel de sobacos hasta tropezar con la cabeza del finado. Ni el mismísimo Lee Harvey Oswald sería capaz de la hazaña. Percusión craneal con derrame masivo de encéfalo. Mortal de todas todas. Duan Thu ya está listo para ser disecado.

En paralelo a A, y sin que Berni lo supiera, el gabinete de la presidencia –Morales– encargó a Secumex un informe externo, recogido como apéndice en B.

Que es otro cantar.

Para empezar, el pasado de Sesé como legionario de base en los escuadrones Blizarrée, la milicia irregular enfrentada al cuerpo Paname-

ricano durante la invasión. Ciertamente, fue hace años, cuando la guerra y el apocalipsis de Puerto Príncipe. ¿Y quién no era un Blizarrée en tiempos de la somalización de Haití?, los muertos, solo los muertos. Ciertamente también. Pero algo es algo.

Este segundo enfoque pasa olímpicamente del intrínsculo físico de la bala mágica y se centra en la argumentación *ad hominem*. Existe al menos un asesino exmilitar de un bando no precisamente feliz con la figura del muerto. Tras la debacle atómica, el señor Sesé fue DEA (Descontaminado, Embarcado y Asignado) al cupo de refugiados de Puebla. Carne de lumpen desde el día que pisó el continente.

«Los datos biográficos apuntan —concluye el florido informe de Secumex— a un espectro de concomitaciones que no permiten desestimar la contactación del interfecto con grupúsculos de refugiados socialmente articulizados en redes facinerosas locales implicadas en el contrabando de los cupos públicos entre otras... Caldo social afirmativamente positivador de la emergencización de sicarios y resistentes de alta afinidad sicariati-zante para aquellas redes contrapuestas frontal o directa y diametralmente a intereses del cliente».

Vía de investigación recomendada: «esclarecimiento de los contactos personales del sospechoso con los segmentos supraescritos».

Metodología: «entrevista directa por despliegue masivo sobre el terreno».

Y así fue, por más que el contrainforme de Berni al de Secumex destacase —con todas las gamas de los subrayadores fluorescentes disponibles en el procesador de textos— que un 62% de la población masculina haitiana refugiada en Puebla responde al perfil «potenciales sicarios resistentes etcétera...»

Secumex tocó a degüello.

Seguratas de mil subcontratas peinaron Puebla a la caza de todo mentecato relacionado con el señor Sesé. Uno que le pagó dos rondas de chicharra. El putito que le compraba (saldando deudas en tugurios, literalmente) las recetas anti-sarcoma para renegociarlas en los mercados negros. Una furcia de sesenta. Compadres, eventuales compañeros de robos de placas fotovoltaicas, mata perros... Así hasta delimitar un primer cinturón de sospechosos de casi treinta ruinas humanas, más que capaces de delatar a quien sea por un kilo de arroz y una botella de chicharra no muy pura. Lo que nos lleva a 30<sup>2</sup>.

Que a su vez

Que a su vez.

Convierten la pesquisa en el censo material de la población presente y pasada del Pequeño Haití. Un Guerra y Paz a la sombra del Popo protagonizado por corta-cables, amañadores de peleas perrunas, pasacupos, chuloputas, revendedores...

Trabajo para varios años. Visto con la perspectiva de Secumex, una contrata del copón. El negocio del siglo. Para BHL, una operación urgente destinada a salvaguardar la reputación de la firma. (Por cada día que pasa sin que el banco encuentre culpables, un 1% de caída de las acciones. Es lo que tiene la banca; la gente sufre sabiendo que Al Capone les guarda el dinero).

Si realmente aspiraba a llegar a alguna conclusión, Cornelia debía abandonar esta locura y enfocar por el otro extremo.

Duan Thu.

Quién era, qué hacía, y sobre todo, qué tenía.

La cara más amable de BHL, el vendedor de la inversión social del grupo. El componedor de soluciones inmediatas para los problemas del futuro. Duan Vaselina. Así le apodaban en el consejo de administración.

Un tipo tan efectivo como raro. Belga de padres vietnamitas. Sabía como nadie «generar sesgos en la opinión pública favorables a...» Había nacido para eso.

Que una fusión auspiciada por el banco condena a la quiebra a la principal proveedora de puestos de trabajo en Ayacucho: Que hablen con Duan. El paro subirá un 10% el año que viene en Ayacucho, pero habrá quince nuevos colocados en un vanguardista departamento de «investigación social estratégica» de la universidad. Quince prometedores jóvenes reclutados entre familiares de redactores de la prensa, funcionarios y jueces, y también entre los cuadros intermedios de las ONGs más beligerantes, sin olvidar la concesión al componente quechua-parlante (que tanto viste por estos pagos). Quince prescriptores entusiastas, comprometidos en cuerpo y alma con el nuevo credo: «La necesaria apuesta por la economía del conocimiento ante el inexorable declive de la industria manufacturera» (Y si no se creen ni media palabra, mírennos a nosotros, indio incluido, verán qué trajes...)

Lo peor (o lo mejor) es que Duan no se ocultaba. Ni en público ni en privado. En una mano traigo la herida, en la otra la cura, solía decir, esbozando una sonrisa de lama. Esa era su filosofía y la esencia de su credibilidad. De modo que cuando un periodista le entraba con la cuestión («ejem... hay quien afirma que tras la política social del BHL

solo hay un soborno encubierto de ONGs...»), Duan salía de su trance de yogui. Los labios entornaban una sonrisa triunfal. Los ojos tililaban picaruelos.

—Pues claro, joven amigo, pues claro. Pero no es esa la cuestión. La cuestión no es que una industria contaminante, sucia y embrutecedora, cuantitativamente importante, se vea sustituida por nóminas intelectuales, cualitativamente mejores. Eso sería progreso real a largo plazo pero un engaño a corto plazo... y no. No debemos confundir la escalera con el verdadero camino.

—...¿El verdadero camino?...

—Gaia —y al pronunciar el nombre, algo fosfórico, un aura, perfilaba la silueta del bueno de Duan, su sonrisa desaparecía y tras los ojos picaruelos se asomaba un dolor planetario—. El camino es Gaia. Los cambios duelen pero prevalecen. —Largo silencio meditativo—. Gaia obra en el obrar.

Y el periodista, de regreso a su terminal, tecleaba el pleonasma: «Duan Thu afirma que Gaia obra en el obrar», tras lo cual corría a emborracharse de hanoi con la satisfacción de, por un día, haber colaborado a la mejora del Cosmos.

Si uno se toma la molestia de descargar «La Consistencia Consiste en Consistir», «El Monje que no Olía» o cualquiera de las impresentables novelas de Duan, verá que detrás de la panoplia de haikus cutrísimos, de gilipollices dichas para semejar genialidades, subyace la fe en la compensación como herramienta vital. «Si matas a un maestro, dales libros a sus alumnos». «Si pescas una ballena, entrega sus entrañas a los atunes». Minimalismo moral, ha escrito algún crítico.

A lo que se añade una total transparencia. «El que vive del ejemplo habita una casa de cristal».

Un hombre sin oquedades.

De modo que la considerable fortuna de Duan, desde los royalties de sus libros a las dietas del BHL, estaban y están auditadas por ONGs cuasi comunistas. Y al céntimo.

Lo cual es bueno y es malo.

Es malo. No hay por donde trincarlo. Duan invertía el 80% de su sueldo en fundaciones gestionadas por más auditoras forradas a certificados de probidad moral. Del resto, una pequeña cantidad se destinaba al pago de sus alimentos y enseres. Desplazamientos. Tres pantalones al año, dos pares de zapatos, cuatro juegos de ropa interior. Y la única partida notable,

el mantenimiento de sendas viviendas en DF y Mónaco, un capricho que Duan justificaba en términos «Hasta la hormiga humilde gusta de un hormiguero comfortable».

Frugal en la comida (pero selectivo, qué pregunten a los sumilleres monegascos), lector incansable de Paulo Coelho, Sucay y cretinos orientalizantes de quinta categoría, hijo único de padres muertos, tampoco en lo sexual se le conocían desviaciones. Pues hasta en eso era minimalista el hombre, confesando a todo el que le preguntaba que lo suyo era masturbarse, si bien más que afirmar burdamente «yo solo me la pelo», de nuevo encendía aquello fosfórico a su alrededor, el aura, y apelaba al salutífero semen derramado sobre Gaia, un «sacrificio» personal a la sostenibilidad demográfica del sistema. (Luego corrían chistes sobre lo borroso de las líneas de su mano, vaya que sí).

Chistes, dimes y diretes, lo cierto es que una búsqueda en Egocapture por parámetro «sexo» arroja menciones de Duan en un micro del Canal Historia titulado «Nuevos caminos de la sexualidad masculina».

Nada por aquí.

Lo bueno. Tanta auditoría de Stop Consum, Cambiemos Ahora y afines franquea libre acceso a cualquier factura. Es el sueño de un inspector de Tributos. Especialmente si al otro lado de la pantalla tienes la relación de gastos de representación del BHL, vía Egocapture otra vez, rastreo interno.

Y no. No hay nada opaco fuera de los gastos de representación computados en el balance confidencial del BHL. Y que solo habla, eso sí, de una vida regalada. Ostras con foie para desayunar puntualmente a las 11.00 AM, siempre en las mismas terrazas cinco estrellas. Ensalada depurante regada con gran reserva para la comida. Fisioterapeuta personal a última hora en un balneario fuera de todo sospecha.

Bastante astronómico todo, sí. Pero nada espectacular si pensamos en términos Mónaco, donde una *baguette* sale por 34 euros. Y te puede llegar a extrañar que, en rigor, el bueno de Duan, candidato al Nobel y tal, gaste al día el presupuesto semanal de 50 familias del segundo mundo. O que su carga de trabajo real no alcance los 26 días al año (invirtiendo el resto del tiempo en escribir paridas infumables, comer, fisios y según dicen, masturbarse)... Puede extrañar pero no a Cornelia. Ella conocía bien las «agotadoras» agendas y los caros gustos de cada uno de los 30 ladrones. Y a la vista de los datos, la actividad de Duan se le antojaba frenética; su tren de vida, fanciscano.

Para lo que son los consejos de administración, un santo.

Dos horas, después, sorprendentemente aliviada de dolor, asomada a la ventana y observando la noche en Colonia Rotondas, Cornelia lo tenía. Maticemos, tenía un pequeño gran hilo del que tirar: Empatzyzer.

Algo mágico.

Misterios de madres.

¿Acaso la conexión umbilical con Panchito? ¿Un cable óptico biológico que empalma dos cerebros –uno nuevo y por estrenar–, multiplicando la velocidad de análisis hasta detectar la microfalla en el sistema?

Acaso.

En apenas 120 minutos, Cornelia recorrió el itinerario cubierto en balde por la SS, la guardia pretoriana, la *creme de la creme* del dichoso BHL hasta topar de bruces con el *abintestato*, la ausencia de testamento y, en consecuencia, de herederos para el patrimonio de Duan. Nadie se lucraba con la muerte de Duan.

Bastó preguntarse: ¿Qué hay de las propiedades virtuales?

Estamos a mediados del XXI. La cultura de los avatares, la Virtualcom, mueve tres de cada diez euros del PIB mundial.

Cada día, millones de humanos se conectan a los metaversos para buscarse la vida. En las emulaciones historicistas de los pasillos comerciales de Midle Age o Ricawasi. En las plataformas de contactos. En todo juego capaz de generar una plusvalía susceptible de revalorizar el valor de tu avatar.

Mediante puertas entre juegos y por el principio de convertibilidad, los avatares circulan de plataforma en plataforma. Entran en Mercury desde Oldtrade pasando por la Ruta de la Seda. Y cada vez que accedes a una nueva plataforma comercial, un entramado financiero recalcula el valor de tu avatar. A la alta o a la baja, solo o en compañía, pues igualmente puedes trasladar (en mercancía virtual, en moneda virtual) los activos que hayas liquidado en la plataforma de salida. Tus propiedades virtuales.

En definitiva: No es creíble que un ciudadano del siglo XXI de clase alta, por filántropo que sea, carezca de propiedades virtuales. Es como si Rostchild no tuviera acciones y todo su patrimonio dormitase en lingotes en la cámara acorazada de su mansión.

De nuevo la conexión umbilical. Cerebro a cerebro.

¿Y si alguna de aquellas inversiones virtuales formase parte de una sociedad virtual, opaca al 100%, indetectable, de la que pendiera un universo paralelo de chanchullos, fraudes y negocios guarros en forma de Bienes Virtuales?

Y se dio de bruces con Empatzyzer.

Eran apenas 100.000 euros distribuidos en cuatro plataformas terapéuticas. No resultaba extraño que los contables del BHL no descubrieran nada. ¿Le pega o no le pega a un filántropo como Duan tener el ojo puesto en los metaversos sanitarios y demás obras de misericordia de la nueva economía?

Le pegaba, vaya si le pegaba.

Pero Cornelia conocía el gran truco:

Las Sociedades Virtuales.

Cornelia sabía cómo de un avatar pobretón y muerto de asco en una plataforma de quinta puede depender una multinacional virtual enterita. Y lo que es mejor para el caso que nos ocupa, puede depender una multinacional virtual opaca, indecible mientras, si y solo si, condición suficiente y necesaria, ningún euro fluya de la economía virtual a la real y a la inversa. Ningún bien atraviese la frontera de la convertibilidad y su rastro permita asociarlo con la personalidad real. Con el otro lado.

Encontrar un indicio de eso significaría un vuelco en la pregunta inicial.

¿Por qué murió Duan Thu, director general de responsabilidad social corporativa del quinto banco del mundo?

A primera vista, parece una idiotez. ¿De qué sirve una sociedad virtual opaca? A fin de cuentas, tú no puedes lucrarte con lo que consigues en los metaversos si no lo sacas.

...A no ser que trabajes a largo plazo. A no ser que no te importe encerrar tu capital, un año y otro y otro... A no ser que tu única intención sea consolidar patrimonio, ser cada año más rico.

Entonces es como un embarazo, pensó Cornelia, rascándose la barriga..

Tu personalidad virtual entraña una segunda personalidad virtual, un feto. El feto, al principio, es la fusión de dos células. Pero va creciendo, se torna complejo. Modelado por las células madres se dota de ojos, dedos, consciencia...

Funciones.

Si las funciones responden, el crío crece y abarca más y más activos virtuales, incluso llegará a alojar nuevas criaturas dentro de sí. Para el resto del mundo, es una entidad carente de otra identidad que un alias y una clave de acceso.

Para ti es una cámara acorazada en la que tu fortuna se multiplica al margen del fisco. Los 365 días del año.

Cornelia se dio de bruces así con 65.000 euros en avatares activos, pululando *postmortem* por el metaverso a cuenta de Duan. Se correspondían con cuatro licencias operativas.

Dos de ellas (50.700 impuestos incluidos) referían a sendos avatares en HD (Hapens Design), plataforma de diseño colaborativo para investigación oncológica.

El tercero (8.000 euros) es un mero visitante en un foro de terminales.

El cuarto, en cambio, es un avatar de Empatzyzer, plataforma de origen psicoterapéutico... *emuladora de las batallas más sangrientas de la historia militar.*

¿?

Egocapture amplió la información. [Objeto]: Integración de reclusos condenados por violencia social, desviaciones conductuales psicopáticas no agudas y prevención general de la violencia. [Press]: Desde hace dos años, vive un auge de la mano de recreacionistas y aficionados a la historia militar que han adoptado Empatzyzer como plataforma de referencia.

Cornelia no pudo sofocar un ¡coño! seguido de un ¡joder!

Tras varias horas de rastreo finalmente tenía algo discordante con la santidad de Duan. Una licencia en un juego para rehabilitar psicópatas.

No iba con en el perfil.

Volvio a Egocapture.

Rango de la licencia: Soldado de primera Sebastian Neville, IN 8700046DT(UK)

¿Situación actual?

Desaparecido en combate según recuento del 2 de julio de 1916. Frente Noroccidental, Flandes. [Tiempo Plataforma Empatzyzer = GM + O]

Cornelia pegó un respingo. Le suena. El dos de julio. ¿Qué pasó el dos de julio?

Su memoria rebuscó rápidamente entre las recién estrenadas expansiones vía cordón umbilical.

Ahí estaba. Un dato nítido...

El dos de julio le hicieron la autopsia a Duan.

Cornelia se estira llevándose las manos a los riñones. Se despide de la madrugada exhalando una profunda bocanada de aire. No puede parar ahora, lo está tocando con la yema de los dedos.

Fin del descanso.

Ordena a Egocapture acceder a la base de datos de Empatzyer y copiar los archivos de libre acceso. Al instante, un desplegable de ventanas informa que deshabilitados los datos ocultos bajo alias (encriptación de segunda clase). Opciones disponibles: Información operativa compartida por los jugadores, consulta de mapas de situación, foros internos de dominio público, trucos y consejos, solo usuarios registrados. Seguido de una interrogación.

—¿Iniciar proceso de registro? [opción gratuita (incluye tour y tutorial), recomendado visitantes]

Con fastidio, Cornelia da al «sí». Hubiera preferido algo más adrenalítico, un pantallazo directo a las tripas de la plataforma.

—Iniciando generación del avatar. Modo gratuito, categoría visitante. Espere...

### 3—EL PEOR SITIO EN EL PEOR MOMENTO

—Bienvenidos a la batalla del Somme. Los uniformes que tienen la honra de lucir son blancos para identificarlos como visitantes, por lo demás, idénticos a los que visten nuestros chicos. Cualquier pregunta que esté en mi mano responder... Mi nombre es Alfonzo Fullerton; en adelante, deberán dirigirse a mí como mayor instructor Fullerton, o simplemente, mayor. Al mando del Segundo Batallón de la gloriosa Brigada Irlandesa en fase de reconstitución, pues sin ninguna clase de dudas habrán oído hablar de nosotros, ¿no es cierto caballeros?... —El pelotón de avatares guarda un penoso silencio—... Bien... Ejem... Para su información están ahora con los Green Hoggers, más conocidos últimamente como los culirrotos de Pozieres; ni la mismísima Virgen de Albert hubiera salido entera del Sector 30...

Por un momento, Cornelia, avatarizada en la forma del soldado Rupert Sandale (modo visita), sospecha que el tour no servirá de nada. El mayor, una caricatura del general Hunter Weston, de aires altivos y mostachos prominentes, se le antoja un payaso. Cuesta pensar que detrás de tamaño esperpento se esconde una base de datos. La que puede responderle qué fue de Sebastian Neville.

En Empatzyzer el acceso a los datos pasa por seres como Fullerton. Parodias rellenas de guiones chistosos y dirigidas por profesionales. 24 horas al día, de lunes a lunes. Su objetivo es guiarte por la plataforma enfatizando las bondades del escenario, su verosimilitud histórica y la potencia argumental. Diez por ciento de comisión por cada alta. Todo lo cual entre bromas y observaciones impactantes.

—Por supuesto que no faltan maniacos que nos piden el avatar del mismísimo cabo Hitler (ofrecen verdaderas fortunas, je, je). Felizmente, solo disponemos de personajes del bando aliado. Los de más allá —y Fullerton extiende la mano en dirección a un desierto cuajado de cráteres y embudos— no están disponibles. Ustedes ya saben...

Cornelia no sabe. No le importa. Está aquí por una respuesta. No le interesa nada más de esta chifladura.

No le interesa el juego de texturas. El universo blanco y negro con tonos verdosos y rojos que Empatzyzer utiliza para emular el Somme. Ni el detallismo de los soldados que atraviesan el plano cargados con latas de galletas y de buey ahumado, tabloncillos, granadas y cintas de cartuchos.

Apenas niños de 20 años tocados con cascos Brodie que recuerdan a Don Quijote.

El tour empieza sobre un promontorio a un kilómetro de la línea de fuego. Desde allí se divisa, en primer plano, un enjambre de zanjas recorridas por hormigas caquis de aspecto humano. Luego, el terreno sube suavemente hasta fusionarse con el cielo plomizo. Es la tierra de nadie. Al bote pronto, un campo en obras al mando de un loco que persuadió a cientos de encocados de la existencia de tesoros bajo el suelo.

Un caos.

Es difícil imaginar a nadie intentando sortear semejante barrizal erizado de estacas rotas y árboles astillados, mondos y lirondos como púas. Más aún si consideras que aquellas líneas de cordones, aleatoriamente revueltos por doquier, no son sino kilómetros y más kilómetros de alambre combinado con nudos de acero. Los fardos terrosos escampados aquí y allí, muertos; las pequeñas sombras que corretean al calor de julio, ratas cargadas de piojos.

Un espectáculo entre infernal y triste.

Cornelia no entiende qué banda de trastornados puede encontrar placer en materializarse en un metaverso así. Masocas, pirados, nazis...

Cuanto antes salga mejor, así que aprovecha un turno de preguntas para hacer lo que ha venido a hacer.

—Mayor, tengo amigos peleando por aquí. ¿Sería posible contactar con ellos?

—¿Contactar con ellos? —replica el mayor elevando las cejas hasta el arranque del cuero cabelludo—... Por supuesto, ¿para qué cree que están sino los mensajes privados?

Rupert frunce los labios contrariado.

—Decía coincidir con ellos en la trinchera que me toque...

—Ah... ¡Por la salchicha de Jofre!... Sin duda el recluta se refiere a la posibilidad de pelear en alegre camaradería por el engrandecimiento de la patria. ¿No es así?

—Esto... ¡Sí mayor!

—Pues no —cortante—, no creo que Haig haya pensado en esa eventualidad. Aunque, naturalmente, *en la realidad*, no es exactamente imposible encontrar foros de intercambios, es más, no es oficial pero a diario se subastan plazas para participar en los combates más nombrados. Digamos que es oficioso ¿Sabe en qué unidad presta servicio su... su *amiguito* o no tiene ni la menor puta idea?

—Ni la menor puta idea, mayor.

El mayor cierra los ojos resignado. Estos reclutas...

—¿Nombre?

—Rupert Sand...

—¡El suyo no, subnormal! —carcajada general entre el resto de avatares blancos—; el de su amigo.

Cornelia suspira y repasa las notas. Bien, vamos allá.

—Soldado de primera Sebastian Neville, IN 8700046ND

Esta vez Fullerton inclina la cabeza aprobando la precisión de la respuesta. Y como si Sebastian fuera un compañero al que tiene siempre en mente, suelta:

—¿Neville?... Otro bonito fiambre para el rey... Curioso, del Primer Regimiento de Terranova, 29 División, VII Ejército. Murieron como chinches antes de cruzar la primera línea. Lo lamento, su amiguito tampoco fue la excepción; consta como ausente en el recuento del 2 de julio. Sebastian Neville, 20 años, cordelero en la vida civil. Desaparecido en combate. Descanse en paz. ¿Algún amiguito más?

A Cornelia le sorprende la rapidez con que el mayor asocia «muerto» a «desaparecido». Algo en su interior protesta, y su avatar sacude la cabeza dubitativo.

—Adelante, muchacho, adelante —le insta el mayor, atusándose el bigote.

—¿Cómo está tan seguro de que mi amigo ha muerto? Usted mismo ha dicho que desapareció. Podría estar en manos de los alemanes... No sé... me suena raro.

Momento de gloria para Fullerton.

—¿Raro? Le aseguro que no hay nada raro en desaparecer de este valle de lágrimas si te explota una bum—bum boche del 70 a menos de 20 pies de tu posición. No digamos con una del 210... En milésimas, muros de presión chocan contra el cuerpo con una fuerza de cientos de libras por pulgada. Lo normal es vaporizarse en cachos no más grandes que esto —y, sincronizado con la explicación, el mayor extrae de la guerrera una bala del siete para exhibirla como una curiosidad científica—. Si por algún enigma físico la onda expansiva aún no te ha convertido en puré de tomate... Si eso pasa, chaval... puedes jurar por las domingas de la reina que sigues sin suerte; la lluvia de metralla, una décima después de la detonación, te atravesará por entre de veinte a trescientos puntos del cuerpo, reduciéndote a fragmentos no más largos que esto otro—dice, reemplazando la bala por la fusta de montar, hasta el momento envainada bajo al sobaco—. Así que... te lo garantizo, hijo mío... En el departamento de identificación de fiambres estamparán un «MIA» en

tu cuartilla y tus restos cadavéricos pasarán a engrosar el glorioso lodo de la Picardía... Aunque siempre hay otras opciones...

El mayor interrumpe dramáticamente la perorata a la espera de la oportuna pregunta retórica.

—¿Otras opciones? —pregunta Rupert, aceptando el juego.

—Así, es ciertamente —continúa el mayor, satisfecho por completar uno de sus chistes favoritos—. Existe la opción (se han documentado casos, vaya que sí) de que tu cabeza salga limpiamente botando por Flandes hasta posarse junto a las botas de algún familiar próximo. ¡Cielo Santo!, ¿qué hace aquí la joven cabeza de mi cuñado Sebastian? ¡Y yo que le creía de putas por Southampton! —Risas. Fullerton prosigue con la mayor seriedad—. Les recuerdo que empaquetar cabezas y remitirlas por correo a los familiares directos puede aparejar severas sanciones, de donde si son estrictos con los procedimientos, y tras enrollar en una toalla el resto cadavérico del entrañable Sebastian, depositan el hallazgo ante la autoridad castrense, hay una estimable cantidad de probabilidades de que los cuenta fiambres cambien el «MIA» por un prácticamente incontestable «difunto». ¿Alguna pregunta, joven?

—Ninguna pregunta —contesta Rupert, seco, ajeno al coro de carcajadas del pelotón.

En una esquina del campo de visión del recluta, sobre la planicie, emerge un menú de ayuda y Cornelia selecciona la opción «unidades» insertando el parámetro «Terranova».

La historia de Sebastian Neville. De sus últimas horas.

Movilizado a primeros del 15. Bautismo de fuego en Gallipoli. Acuartelados en Albert desde abril. Los chicos del Dominio de Terranova, pescadores del Gran Sol en su mayoría, han sido asignados a la reserva para la ofensiva del 1 de julio.

A las 7.30, cuando tras días y noches de cañoneo una explosión apocalíptica rubrique el cese del machaque artillero, nuestros chicos se preguntarán por qué Europa se tambalea y apuestan si el estampido se habrá oído en Londres (tal como informará el Daily al día siguiente). Por su parte, un sargento habla de cajas y cajas de amonal detonadas bajo el mismo culo de los boches.

Durante meses, compañías de mineros han excavado zapas desde la línea de fuego a las posiciones enemigas. Al final de las minas se han amontonado toneladas de explosivos que estallan a la vez. Columnas volcánicas que se elevan a 4.000 pies.

Las cornetas soplan «avance» y, en la primera línea, dos compañías de la 29 saltan del parapeto. Durante unos minutos el despliegue marcha como la seda. Luce un sol espléndido.

De improviso, el tableteo de una Maxim y estampidos aislados de Mauser. Paqueo residual que desafía los planes del Estado Mayor. Estos boches son como cucarachas. Duros de verdad.

Pronto comprenderán que los disparos «residuales» no son más que el preámbulo del peor día de la guerra.

El puto peor.

A la primera Maxim se le añade otra, y otra, y otra, y otra... Empiezan los gritos. Hasta que la artillería ligera alemana entra en acción. Fuego graneado. Se acaban los gritos.

Pero en el Estado Mayor alguien no sabe/no quiere calibrar la realidad.

El capitán de la reserva recibe una orden por el teléfono de campaña. Aturdido, se recompone el uniforme, se cala la gorra y se aclara la voz.

—Sargento, orden de avance. Nos toca.

De Nieuport a Mulhausen, se han tendido zanjas y más zanjas. Tantas, que los historiadores calculan que sobrarían para rodear el planeta por los trópicos.

Cada sector cubre un par de kilómetros del frente por unos 300 metros de anchura. Empieza en la línea de fuego, reservada a unidades de vanguardia encargadas de la vigilancia, así como al personal que protagonizará incursiones nocturnas para desplegar o retirar alambrada, golpes de mano, paqueo de baja intensidad a la luz Very de las bengalas fosfóricas... El grueso de la tropa se mantiene en la trinchera de apoyo y en otra tercera, la de reserva. Más allá, en los cuarteles, se agolpan los batallones de refresco y los lords del galón rosa; Estado Mayor. Cuando la vanguardia abandona la línea de fuego, los de apoyo ocupan su lugar y, a su vez, los de la de reserva saltan a la segunda línea. Los del galón rosa siguen en su sitio.

Por supuesto, hay una compleja terminología alfanumérica para guiar a las tropas por las madrigueras de pasillos y zig-zags Pero el uso ha extendido otra verbología más asequible.

Ejemplo: Si tu objetivo es llegar a Picadilly (en el sector 51) desde Tottenham (la SS51, o sea trinchera de reserva), nada mejor que tirar por el callejón de Marble Arch, hasta Soho, que te lleva recto a Picadilly. Aunque puedes atajar por Sussex Gardens (en cuyo caso unos miserables escoceses te dejarán sin cigarrillos) y rodear por Oxford Street.

Vayas por donde vayas, el panorama no cambia. Dos taludes terrosos a derecha e izquierda, esporádicamente horadados por los agujeros de protección y las entradas al *dogout* y los bunkers. Terraplenes reforzados con sacos, tablones u hojalata ondulada. Respecto al suelo, la única diferencia con las paredes no está en el color, sino en la consistencia. En su día, los geólogos ingleses olvidaron recalcar que los Países Bajos se conocen así porque la capa freática tiende a aparecer a un metro de profundidad. En un sector razonablemente confortable del Somme eso te garantiza de 10 a 40 centímetros de agua encharcada. Y piojos y ratas por millones. Y con ellos, cólera, pie de trinchera, disentería, tuberculosis... De modo que el suelo es un pantano sobre el que, en algunos tramos, se han dispuesto «salvabotas» y más tablones, fácilmente confundibles con las paredes.

Por encima, omnipresente, hay una tira de un metro de cielo blanco tirando a gris.

En un entorno así es muy común desorientarte y terminar perdido por las subtramas del laberinto. Especialmente si la vanguardia se ha pasado la noche mascando ginebra para infundirse coraje.

Es lo que le sucedió al batallón de apoyo de la 29 al inicio de la batalla. Las compañías C y D del segundo batallón confundieron un tramo de Picadilly con el empalme de Marble Arch, hasta que llegaron a la estribación del sector 52, popularmente la Fonda Ratas, donde un enojado capitán Anzac les sacó del error. Les dijo:

— Mariconas saltarinas, la habéis vuelto a cagar...

Para entonces, en el Estado Mayor habían llegado a la conclusión de que la ausencia de noticias de las compañías C y D solo podía responder a una penetración de la A y la B (a la sazón, moribunda frente a Beuamont Hammel), seguida del inmediato apoyo de la C y D.

Mas claro no podía estar.

Boquete en el frente.

Tal como pronosticara el profeta Haig... ¡la 29 división había desbordado! De donde, alborozados, los del galón rosa ordenaron al Regimiento de Terranova, los siguientes en la lista, apechugar con los 32 kilos de equipo por espalda, más unos cuantos destacamentos de ametralladoras Vickers, e incorporarse a la ofensiva prestos a consolidar el imaginario triunfo.

Mientras los de Terranova cargaban contra la metralla desde la segunda línea en un desastre sin precedentes, un general pidió comunicación directa con Haig.

—Sir, me complace informar que el avance prosigue conforme a lo planeado.

—Estupendas noticias, Hunter, estupendas en verdad —se felicitó el mariscal.

En rigor, las cosas distan de ser estupendas.

El cañoneo preparatorio no funcionó. La artillería inglesa era inexperta, cuando no erraba el blanco, los obuses se limitaban a hundirse en el barro. Los boches son menos tontos de lo que parecen, y sus geólogos bastante mejores que los aliados. Varios regimientos al mando de oficiales curtidos se han fortificado en las colinas cretácicas, enterrados como topos en complejos de hormigón a diez metros de la superficie. Los Fritz fuman y beben cerveza mientras aguardan a que terminen los fuegos artificiales.

El vendaval de fuego que debía despejar la vaguada de alambradas se limitó a batir el suelo. Las ristras de alambre solo se han desplazado por la tierra de nadie. Lo que estaba aquí está ahora allá, lo cual no es ninguna ayuda para decenas de miles de Tommies enviados a la muerte. Al revés, las alambradas han perdido su configuración lógica, de modo que donde cabía esperar un agujero a cubierto de las ametralladoras MG 08 Maxim, encuentras un aparatoso final al ensartarte de panza sobre un ataúd de púas. Si te mueves, las púas se clavan más adentro. Si te mantienes impasible, confiando en la intercesión de los Ángeles de Mons o en los espectrales arqueros de Azincourt, palmas de sed, o desangrado, o devorado por las ratas. Tú eliges. A no ser que se ponga a llover y el embudo se convierta en una bañera de barro ascendente, en cuyo caso palmas igual, solo que antes, y entre desagradables gárgaras de lodo.

Así que lo que pintaba un paseíllo de 300 metros queda en la mayor carnicería de la historia. Los cuatro gatos de la primera oleada que logran asaltar la línea de fuego enemiga, se las ven con el inmediato contrataque de la reserva boche, fresca y descansada, y que no tiene el menor problema en recuperar su primera línea y desalojar a un puñado de Tommies exhaustos. Paralelamente, en los salientes del flanco, los alemanes desentierran la artillería ligera y baten con fuego cruzado. Disparan sobre los de Terranova, que cargados con los pertrechos, pretenden acceder a la tierra de nadie desde la trinchera de reserva (los pasillos de enlace están obturados por los muertos, el material, mulos desventrados repartiendo coces...)

No hay nada que hacer.

La segunda oleada es masacrada sin contemplaciones.

Dos horas después, unas decenas de moribundos, chavales en shock, tullidos y unos pocos hombres con suerte retornan a la línea de partida.

Curiosamente, durante los últimos metros ya no hay disparos ni explosiones. Hartos de matar, los alemanes han decretado un alto el fuego.

Por la mañana formará un 9% del Regimiento de Terranova.

La unidad pasará a la posteridad como la más castigada de la guerra.

Rupert no aviva el paso para salvar la distancia que le separa de los soldados de uniforme blanco, ya de camino éstos al tour turístico con Alfonso Fullerton. Se queda donde está. Ya ha terminado.

Cornelia conviene que no es raro que Sebastian Neville haya desaparecido de entre los vivos. En el Somme, antes de que acabe el primer día, el tío Jorge perderá 21.392 abnegados súbditos. Entre julio y noviembre, los 30 kilómetros del escenario se cobrarán más de un millón y medio de bajas, a cinco mil de media por día. Entre ellos 280.000 muertos y 72.000 desaparecidos.

Visto desde la perspectiva Rupert Sandale–Cornelia Pueyo, que Sebastian desapareciera es lo suyo.

Lo que desde luego no encaja es que lo hiciera el mismo día que su avatar en el mundo no digital, Engullen Duan Thu.

Eso es lo que no encaja.